



Casas de Cerámicas Montalván, en Alfaraería. A la izquierda, el palacete donde está la tienda FOTOS: ROCIO RUZ



Un pintor decora en azules una copa de barro



José Manuel Cantos, entre vasijas y elementos decorativos

SOS de la cerámica trianera

El parón del ladrillo está zarandeando también a la artesanía ligada a la construcción, como es el caso del azulejo pintado a mano de Triana. La centenaria Cerámicas Montalván da un toque de atención

INCARNA FREIRE

EVILLA. Fundada en 1850 y arraigada desde entonces en el corazón alfarero del barrio de Triana, Cerámicas Montalván aguantó los años malos que sucedieron a las exposiciones del 89 y el 92, pero es ahora, en el siglo XXI, cuando lanza un SOS.

Desde su fundación hace 158 años por Saturnino García Montalván, precursor de un gran linaje de alfareros, la Cerámica ha llegado a la actualidad sin moverse de su histórica ubicación en la calle Alfaraería de Triana. Tienda, talleres y hornos (ya eléctricos; lejos quedaron los de leña, que fueron prohibidos) se encuentran en varias casas unidas. La principal, un palacete de dos plantas de estilo regionalista, obra de Juan Talavera y Heredia, protegido por Cultura con la catalogación «C». La planta baja, donde están la exposición y la tienda, está catalogada co-

mo conjunto cerámico. A este edificio noble se le unen otra casa aledaña en Alfaraería, y dos más en Covadonga y Antillano Campos: 2.000 metros cuadrados, en su mayor parte desaprovechados e inútiles para los trabajos del alfar. En el inmueble todavía permanecen los antiguos hornos de leña, que son intocables, y una prensa de 1.500 kilos inamovible.

José Manuel Cantos, uno de los socios actuales de la firma, que se desligó de la familia fundadora hace ya dos generaciones, afirma que el negocio se ha reducido notablemente. De veinte trabajadores quedan ya nueve, mientras que las ventas han pasado de 360.000 euros a 240.000 en un quinquenio.

«Estamos en cuesta abajo. Esta crisis nos puede tumbar. No nos salen las cuentas porque necesitamos un mínimo de trabajo en cartera para pagar impuestos y sueldos. Hace nue-

ve meses que estamos a cero, desde que se celebraron las elecciones municipales y los ayuntamientos dejaron de hacer obras», comenta Cantos.

«Todavía, el artesano que tiene su hornito puede tirar con pequeños encargos, pero los talleres que, como el nuestro, tienen que mantener una infraestructura porque pueden restaurar un edificio y asumir obras de más envergadura, peligramos». José Manuel Cantos afirma que la única salida para Cerámicas Montalván sería trasladar la fabricación fuera del casco urbano y mante-

ner en Triana sólo la tienda. Ello permitiría vender la abigarrada y ya destartada sede de la Cerámica e invertir en nuevos talleres y hornos de última generación. Ofertas no le faltan. Entre ellas, la de una firma que pretendía restaurar los inmuebles para abrir un hotel con encanto. Sin embargo, esta salida está cerrada al tratarse de edificios protegidos, donde los hornos antiguos no pueden tocarse y está vedado construir un parking. «No nos dejan movernos y sin embargo ahora quieren abrir un Museo de la Cerámica de Triana, en

Santa Ana, cuando nosotros somos un museo vivo», se queja el empresario.

Cerámicas Montalván trabaja actualmente con bizcochos (base del azulejo) traídos de Valencia, que luego esmalta, cepilla y decora. Además del mercado nacional, hace envíos fuera de España, como uno reciente a los grandes almacenes Macy's, con establecimientos en San Francisco y Nueva York. Los baños de la cadena de sandwiches Birley's de Londres o los Mesones Cinco Jotas están decorados con su cerámica de estilo sevillano.

El rastro de azulejos ha llegado muy, muy lejos

Las balastradas de los puentecitos arqueados de la Plaza de España son de Montalván. Hay un rastro de sus azulejos en casas nobles y palacetes sevillanos, iglesias, parques y edificios singulares. La fachada de El Cachorro, la Capilla de la O, restauraciones del Alcázar, la Casa de Pilatos, el Palacio de las Dueñas, el Bar Laredo o las tejas y puertas del Hotel Alfonso XIII conservan su impronta. Muchas ciudades de España y del extranjero

han adquirido piezas de sus hornos. En la primera parte del siglo XX las exportaciones a América de su azulejería pintada a mano funcionaron muy bien: hasta el Teatro Cervantes bonaerense llegaron los zócalos de Montalván y a la capital de México, una fuente de las ranas, réplica de la del parque de María Luisa. Sus azulejos con motivos mudéjares, los elementos cerámicos, fuentes decorativas, apliques o esculturillas han viajado hasta Los Ángeles, Boston, Miami, Nueva York o Chicago. Y más allá, existen documentos que localizan sus piezas en jardines egipcios, como recoge la obra «El azulejo sevillano» de Rafael Domenech.